

**UNIVERSIDAD DEL CEMA  
Buenos Aires  
Argentina**

Serie  
**DOCUMENTOS DE TRABAJO**

**Área: Filosofía**

**¿INTELIGENCIA ARTIFICIAL?  
UN APUNTE TELEGRÁFICO**

**Alberto Benegas Lynch (h)**

**Junio 2024  
Nro. 873**

**[https://ucema.edu.ar/publicaciones/doc\\_trabajo.php](https://ucema.edu.ar/publicaciones/doc_trabajo.php)  
UCEMA: Av. Córdoba 374, C1054AAP Buenos Aires, Argentina  
ISSN 1668-4575 (impreso), ISSN 1668-4583 (en línea)  
Editor: Jorge M. Streb; Coordinador del Departamento de Investigaciones: Maximiliano Ivickas**



## ¿Inteligencia artificial? Un apunte telegráfico

Por Alberto Benegas Lynch (h)\*

Resumen: Inteligencia remite a libre albedrío y no a programación, por ende, se sugiere reemplazar "inteligencia artificial" por "algoritmos informáticos".

Palabras clave: cerebro, mente, conciencia, inteligencia, algoritmos informáticos

Nuestra era ha producido inmensos aportes científicos y tecnológicos, pero en algunos aspectos ha quedado rezagada al dejar de lado grandes valores de la civilización como el respeto recíproco tan caro a la tradición de pensamiento liberal que siempre está abierto y atento a nuevos paradigmas en el contexto de su eje central cual es el respeto recíproco. También recientemente ha confundido lo humano con la mal denominada “inteligencia artificial” que es el objeto del presente texto.

Dado que uno de mis dos doctorados es en economía, subrayo lo escrito por Friedrich Hayek en “The Dilema of Specialization” al efecto de explicar la razón por la cual estimo esencial explorar otras disciplinas como complemento indispensable para la propia: “nadie puede ser un buen economista si sólo es economista y estoy tentado de decir que el economista que sólo es economista tenderá a convertirse en un estorbo, cuando no en un peligro manifiesto”.

Pero antes de entrar de lleno al muy pastoso, improcedente y contradictorio término “inteligencia artificial”, es menester elaborar sobre la noción de libre albedrío ya que en no pocos casos es negado por académicos a nuestro juicio desviados que convierten la libertad y la consiguiente responsabilidad individual en mera ficción. No es del caso caer en el *ad hominem* por lo que omito su nombre, pero un ex miembro de la Corte Suprema de Justicia argentina y profesor de derecho penal sugiere que a los delincuentes no se los castigue pues estima no son responsables de sus actos. El silogismo es correcto, pero parte de una premisa errada cual es el materialismo filosófico o lo que Karl Popper bautizó como determinismo físico. Y observamos este

---

\* Los puntos de vista del autor no necesariamente representan la posición de la Universidad del CEMA.

fenómeno en la psicología que a pesar de significar el estudio de la psique en muchos casos no suscriben esa condición medular. El propio Sigmund Freud afirmaba en *Problemas de la civilización* que, en el ser humano, debe “descartarse el principio de una facultad originaria y, por así decirlo, natural, apta para distinguir el bien y el mal” y en la misma línea argumental la emprende contra el sentido mismo de libertad, por ejemplo, en su *Introducción al psicoanálisis* donde se refiere a “la ilusión de tal cosa como la libertad psíquica [...] eso es anticientífico y debe rendirse a la demanda del determinismo cuyo gobierno se extiende sobre la vida mental” una posición tan criticada por el antes mencionado Popper en *Knowledge and the Mind-Body Problem* y secundado, entre otros destacados intelectuales, por el premio Nobel en neurofisiología John Eccles en *La psique humana* y antes que eso por el premio Nobel en física Max Planck en *¿Hacia donde va la ciencia?* Popper y Eccles escribieron un suculento tratado en coautoría sobre el tema señalado que lleva el sugestivo título de *El yo y su cerebro*.

En el epílogo al tercer tomo de su *Derecho, legislación y libertad* el antes referido premio Nobel Hayek escribe: “Creo que la humanidad mirará nuestra era como una de supersticiones básicamente conectadas con los nombres de Karl Marx y Sigmund Freud. Creo que la gente descubrirá que las ideas más difundidas del siglo veinte -aquellas de la economía planificada basada en la redistribución, manejada por arreglos deliberados en lugar del mercado y el dejar de lado las represiones y la moral convencional y seguir una educación permisiva- estaban basadas en supersticiones en el más estricto sentido de la palabra”.

Como queda dicho, lamentablemente vivimos en una época del más crudo materialismo en la que se considera al hombre un aparato que se limita a kilos de protoplasma. Antes he escrito sobre los temas que aquí dejo consignados pero debido a que el debate continúa es menester insistir. Retomo la crítica a esta visión aberrante que no otorga espacio a la psique, a la mente o a los estados de conciencia, lo cual anula la posibilidad del libre albedrío y, consecuentemente a la libertad y al sentido de lo moral ya que todo se resumiría a los nexos causales inherentes a la materia por lo que no habría ideas autogeneradas, proposiciones verdaderas y falsas, razonamiento ni argumentación posible, incluso para defender racionalmente al materialismo ya que todo lo que hacemos o decimos estaría condicionado y no decidido por la voluntad independiente.

Repasemos el fondo de este asunto sobre el que señalo parte de lo que he escrito antes con algunas variantes. El aludido “determinismo físico” supone que el ser humano en verdad no elige, decide y prefiere, es decir, no actúa, sino que está programado para decir y hacer lo que dice y hace, esto es, el antedicho materialismo filosófico en cuyo caso la libertad sería un espejismo. Así escribe Popper de la ciencia que “si nuestras opiniones son resultado distinto del libre juicio de la razón o de la estimación de las razones y de los pros y contras, entonces nuestras opiniones no merecen ser tenidas en cuenta”.

En la misma línea argumental, John Hick sostiene en *Faith and Knowledge* que allí donde no existe libertad intelectual, lo cual es propio del materialismo, naturalmente no hay vida racional, por ende, la creencia que el hombre está determinado “no puede demandar racionalidad. Por tanto, el argumento determinista está necesariamente autorefutado o es lógicamente suicida. Un argumento racional no puede concluir que no hay tal cosa como argumentación racional”.

Con razón Eccles en “Cerebral Activity and Freedom of the Will” concluye que “Uno no se involucra en un argumento racional con un ser que sostiene que todas sus respuestas son actos reflejos, no importa cuán complejo y sutil sea el condicionamiento”. Si no se acepta la condición humana de la libre decisión, todas las demás elucubraciones en ciencias sociales carecerían de sentido puesto que las bases de sustentación desaparecerían y no existiría acción humana sino mera reacción como en las ciencias naturales.

El matemático Alan Turing llevó a cabo un experimento en el que ubicaba a una persona en una habitación en la que se ubicaban dos terminales de computadoras, una conectada en otra habitación con otra computadora y la otra conexión a otro ordenador manejado por otra persona. A continuación, Turing solicita a la primera persona referida que formule todas las preguntas que estime pertinentes por el tiempo que demande su investigación al efecto de conocer cual es cual, de lo contrario, si no pudiera establecer la diferencia (distinguir cual es cual) concluye Turing que es una prueba que no hay diferencia con el humano en cuanto a sus cualidades de decisión.

Por su parte, el filósofo John Searle refuta las conclusiones de ese experimento con otro que denominó “el experimento del cuarto chino”. Este consistió en ubicar también a una persona aislada en una habitación y totalmente ignorante del idioma chino a quien se le entregó un cuento chino escrito en esa lengua y se le entrega una serie de cartones con preguntas sobre la narración del caso y otros tantos cartones con respuestas muy variadas y contradictorias a esas preguntas. Simultáneamente también se le entregan otros cartones más con códigos claros para que pueda conectar acertadamente las preguntas con las respuestas acertadas.

Explica Searle que de este modo el personaje de marras contesta todo satisfactoriamente sin que haya entendido chino. Lo que prueba este segundo experimento es que el sujeto en cuestión es capaz de seguir las reglas, los códigos y programas que le fueron entregados que es la manera en que la máquina del primer experimento se equipara en el sentido operativo mencionado y eventualmente con mayor rapidez (desde luego no en todos los sentidos como su incapacidad de amar, autoconciencia, decisión independiente y equivalentes), lo cual significa mera *reacción* de la computadora en base a programas insertos (por nuestra parte agregamos que la persona del ejemplo *actuó* en el sentido que decidió seguir el programa cosa que podía haber rechazado, decisión que no puede asumir la máquina).

Por su parte el lingüista Noam Chomsky en *Language and Mind* señala que “No hay forma de que los ordenadores complejos puedan manifestar propiedades tales como la capacidad de elección [...] Jugar al ajedrez puede ser reducido a un mecanismo y cuando un ordenador juega al ajedrez no lo hace del mismo modo que lo efectúa una persona; no desarrolla estrategias, no hace elecciones, simplemente recorre un proceso mecánico”.

El uso metafórico algunas veces se convierte en sentido literal, tal es el caso de las expresiones “inteligencia”, “memoria” y “cálculo” aplicado a los ordenadores. La primera proviene de relacionar la comprensión de conceptos en base al *inter legum*, esto es leer adentro, captar significados. Y como apunta el médico y neurocientista de la Universidad de Oxford Raymond Tallis, aplicar la idea de memoria a las computadoras es del todo inadecuado, de la misma manera que cuando nuestras abuelas solían hacer un nudo en su pañuelo para recordar algo no aludían a “la memoria del pañuelo”, del

mismo modo que cuando se almacena información en un depósito no se concluye que el galpón del caso tiene una gran memoria, puesto que “la memoria es inseparable de la conciencia”. En el mismo sentido, este autor destaca que en rigor las computadoras no computan ni las calculadoras calculan puesto que se trata de impulsos eléctricos o mecánicos sin conciencia de computar o calcular y si se recurre a esos términos debe precisarse que “solo se hace en el mismo sentido en que se afirma que el reloj *nos dice* la hora”.

En este plano de análisis hay muchas otras metáforas que arrastran el peligro de su literalidad (los economistas estamos acostumbrados a lidiar con estos peligros). Tal es el caso de uno de los ejemplos que critica Thomas Szasz en *El mito de la enfermedad mental* sobre lo que coloquialmente se dice *brainstorming* y, para el caso, *brainwashing* cuando estrictamente se trata de *mindstorming* y *mindwashing*. También puede agregarse el error de hacer referencia al “deficiente mental” cuando es “deficiente cerebral”. Si los humanos fuéramos solo kilos de protoplasma determinados por nexos causales inherentes a la materia, seríamos como el loro de nuestro ejemplo (claro que no físicamente sino desde la perspectiva de la inexistencia de argumentación, razonamiento y conceptualización). Sin embargo, para intentar probar la verdad de algo es inexorable la existencia de estados de conciencia (Popper), mente (Wilder Penfield), voluntad (Roger W. Sperry) o psique (Eccles), distinta aunque estrechamente vinculada al órgano por el cual el hombre se comunica con el mundo exterior, es decir, el cerebro, tal como apunta Nicholas Rescher.

En la misma obra citada, Szasz subraya las inconsistencias de una parte de las neurociencias al pretender que con mapeos del cerebro se podrán leer sentimientos y pensamientos, pero “el cerebro es un órgano corporal y parte del discurso médico. La mente es un atributo personal parte del discurso moral [...] equivocadamente se usan los términos *mente* y *cerebro* como se utilizan doce y una docena”.

También Szasz se refiere a otra metáfora peligrosa en cuanto a la mal llamada “enfermedad mental” cuando esto contradice la noción más elemental de la patología que enseña que una enfermedad es una lesión orgánica, de tejidos y células y, por tanto, no puede atribuirse a comportamientos e ideas.

Es sabido que todo lo material de nuestro cuerpo cambia permanentemente con el tiempo y, sin embargo, mantenemos el sentido de identidad (a menos que se haya padecido de una enfermedad o accidente que lesione partes vitales del cerebro que no permitan la interconexión mente-cuerpo).

Antony Flew en *Thinking on Social Thinking* y John Hospers en *Introducción al análisis filosófico* precisan la diferencia entre causas y motivos. Flew escribe que “cuando hablamos de causas de un evento puramente físico -digamos un eclipse de sol- empleamos la palabra *causa* para implicar al mismo tiempo necesidad física e imposibilidad física: lo que ocurrió era físicamente necesario y, dadas las circunstancias, cualquier otra cosa era físicamente imposible. Pero este no es el caso del sentido de *causa* cuando se alude a la acción humana. Por ejemplo, si le doy a usted una buena causa para celebrar, no convierto el hecho en una celebración inevitable”.

También Hospers manifiesta que “enunciando sólo los antecedentes causales, nunca podríamos dar una conclusión suficiente: para dar cuenta de lo que hace una persona en sus actividades orientadas hacia fines hemos de conocer sus razones y *razones no son causas*”.

Aparece una gran paradoja que, entre otros, expresa en *The Quantum Revolution in Microcosm* George Gilder en cuanto a que los procesos productivos de nuestra época se caracterizan por atribuirle menor importancia relativa a la materia y un mayor peso al conocimiento y, sin embargo, irrumpe con fuerza el materialismo filosófico.

Ludwig von Mises apunta en *The Ultimate Foundation of Economic Science* que “Para un materialista consistente no es posible distinguir entre una acción deliberada y la vida meramente vegetativa como la de las plantas”, Murray Rothbard explica en “The Mantle of Science” que “si nuestras ideas están determinadas, entonces no tenemos manera de revisar libremente nuestro juicio y aprender la verdad, se trate de la verdad del determinismo o de cualquier otra cosa” y Hayek nos dice en *The Sensory Order* que “Todos los procesos individuales de la mente se mantendrán para siempre como fenómenos de una clase especial [...] nunca seremos capaces de explicarlos enteramente en términos de las leyes físicas”.



Autores como Howard Robinson, John Foster, Richard Swinburne y Thomas Reid concretan su perspectiva mostrando que sus estudios se refieren a dos planos de una misma realidad humana. Una, la física o material y, la otra, la mental o de estados de conciencia. Robinson resume este ángulo de análisis en *Matter and Sense: A Critique of Contemporary Materialism* al señalar que “Lo físico es público en el sentido de que en principio cualquier estado físico es accesible (susceptible de percibirse, de conocerse) para cualquier persona normal [...] Los estados de conciencia son diferentes porque el sujeto a quien pertenecen -y solo ese sujeto- tiene un acceso privilegiado a eso” y, además, “el pensamiento es sobre algo [...] mientras que los estados físicos no son sobre algo, están simplemente ahí [...] y los pensamientos pueden también ser sobre lo que no existe” pero lo físico es por definición lo que existe como tal (lo cual no quiere decir que todo ello pueda tocarse o, en su caso, ni siquiera verse, como los campos gravitatorios, las ondas electromagnéticas y las partículas subatómicas).

Juan José Sanguinetti resume bien el problema al escribir en *Neurociencia y filosofía del hombre* que “Los actos intencionados son de las personas, no de las partes ni potencias de las personas. Si doy un apretón de manos a un conocido para saludarlo calurosamente, no tiene sentido decir ‘mis manos te saludan calurosamente’, pues soy yo quien saluda con calor mediante un apretón de manos. Maxwell Bennett y Peter M. Hacker en *Philosophical Foundations of Neuroscience* se lamentaron, en este sentido, de que la literatura neurocientífica acuda con demasiada frecuencia a expresiones como ‘mi cerebro cree’, ‘mi hemisferio izquierdo interpreta’, ‘la neocorteza percibe’, ‘las neuronas deciden’, ‘el hipocampo recuerda’, ‘mi sistema límbico está enfadado’, porque atribuir a cosas como células o grupos de células actos como entender, tomar decisiones, preferir etc., simplemente no tiene sentido [...] Se puede decir mi ojo ve, aunque sería más exacto decir yo veo con mis ojos”.

El antes aludido premio Nobel en medicina Sperry afirma en “A Modified Concept of Consciousness” que “la conciencia está concebida para tener un rol directo en la determinación de las pautas en la excitación del cerebro. El fenómeno de la convivencia en este esquema está concebido para interactuar y en gran medida gobernar los aspectos histoquímicos y fisiológicos del proceso cerebral”. A la misma conclusión llega el mencionado Rescher en su voluminoso trabajo *Free Will: A Philosophical Reappraisal*

y el tan difundido ensayo por Cambridge University Press de John Martin Fischer “The Methaphysics of Free Will: An Essay on Control”,

Por su parte, Pierre Lecomte Du Noüy resume magníficamente la trascendencia y la potencia del espíritu humano y cifra sus esperanzas en que se abra paso cada vez con mayor énfasis este aspecto que estima hace a la esencia de la dignidad del hombre, entre otros en su libro titulado de modo muy ilustrativo: *El provenir del espíritu*. Nathalien Branden en “Free Will, Moral Responsibility and the Law” explica que “El determinismo declara que aquello que el hombre hace, lo tenía que hacer, aquello en lo que cree lo tenía que creerlo, si centra su atención en algo la tenía que centrar [...] no puede evitarlo. Pero si esto fuera cierto ningún conocimiento resultaría posible. Ninguna teoría podría reclamar mayor validez que otra [...] no pueden sostener que saben que su teoría es verdadera, están imposibilitados a sostener de otra manera [...] son incapaces de juzgar sus propios juicios [...] no tienen modo de distinguir lo lógico de lo ilógico [...] una máquina no razona hace lo que el programa le indica [...] Si se introducen autocorrectores, hará lo que le indiquen esos autocorrectores”.

Inteligencia es un atributo humano por lo que resulta del todo impropio extrapolarlo a la máquina, aunque se le adicione el adjetivo de “artificial”. Como se ha señalado las palabras sirven para pensar y para transmitir pensamientos, si recurrimos a un lenguaje confuso, confusos serán nuestros silogismos y se dificultará en grado sumo la comunicación. No es pertinente denominar al perro gato y viceversa.

Afortunadamente hay bibliografía respecto a la cuestión que ahora abordamos en la dirección apuntada, pero menciono la obra de quien ha sido profesor en MIT, Harvard y en la Universidad de California/Berkley, Hurbert Lederer Dreyfus titulada *What Computers Can't Do: The Limits of Artificial Intelligence* y con mayor precisión se desprende de la obra del mencionado Raymond Tellis titulada: *Why the Mind is Not a Computer. A Pocket Lexicon of Neurobiology* y el escrito del profesor de filosofía en la Universidad del CEMA Gabriel Zanotti que titula de modo concluyente “La inteligencia artificial no es inteligencia”. Para resumir estos estudios en una píldora se enfatiza que “inteligencia” remite al libre albedrío que es una propiedad del ser humano que cuenta con mente, psique o estados de conciencia. También es de interés consultar el célebre *Diccionario de Filosofía* de José Ferrater Mora donde, entre otras cosas, cita pensadores

en los que la *inter-legis* revela estrecho e inescindible parentesco de la inteligencia con la psique que solo es propiedad humana.

Entonces, la inteligencia es un rasgo central del hombre y no de la programación por eso es que propuse en la Academia Nacional de Ciencias de Buenos Aires que para estos emprendimientos colosales que tanto bien realizan y prometen nuevas realizaciones a la humanidad se use el término “algoritmos informáticos”.

Por lo dicho es que muchos ingenuos se sorprenden con respuestas consideradas tendenciosas por los aparatos (a veces con inclinaciones socialistas, racistas, abortistas etc) fabricadas vía los algoritmos correspondientes que naturalmente son alimentados por las antedichas programaciones iniciales de humanos. Planck junto con el filósofo Anthony Flew se detienen a considerar la diferencia entre causas y motivos. El primero enfatiza en la obra citada que “Se trataría de una degradación inconcebible que los seres humanos, incluyendo los casos más elevados de mentalidad y ética, fueran considerados como autómatas inanimados en las manos de una férrea ley de causalidad [...] El papel que la fuerza desempeñada en la naturaleza como causa de movimiento, tiene su contrapartida en la esfera mental en el motivo como impulsor de la conducta.”

Por su parte John R. Lucas en el también tan renombrado y celebrado libro por Oxford University Press *The Freedom of the Will* mantiene que “no resulta posible tomar al determinismo seriamente [...] solo un agente libre puede ser racional. El razonamiento y, por tanto, la verdad presupone la libertad, tanto como la deliberación y la elección moral.”

Ahora viene otro asunto: se ha dicho erróneamente que los aparatos a los que nos venimos refiriendo provocarán desempleo. Es preciso comprender que dado que los recursos son limitados y las necesidades ilimitadas, donde operen acuerdos libres y voluntarios nunca se produce sobrante de aquello que es escaso y necesario. Desde el martillo en adelante todos los instrumentos tecnológicos liberaron trabajo para atender otras necesidades y los empresarios deseosos de obtener nuevos arbitrajes son los primeros interesados en capacitar personas para las nuevas faenas. Desde el hombre de la barra de hielo cuando se implantó la heladera, o el fogonero cuando irrumpió la locomotora diesel o en la actualidad el cartero cuando aparecieron los mails y así

sucesivamente, la liberación de trabajo permite encarar nuevas necesidades y demandas. En esta dirección recientemente publiqué un texto titulado “En defensa de los robots”. En sentido contrario -como un ejercicio macabro de imaginación- pruébese destruir todos los equipos de capital y se verá que no aumenta el empleo, sino que bajan abruptamente los salarios. Por otra parte, si las máquinas de referencia hicieran de todo para todos todo el tiempo, convertiríamos nuestro mundo en Jauja, lo cual sería una situación ideal puesto que obtendríamos las cosas y dejaríamos de lado el trabajo que es siempre un costo para obtener los bienes y servicios que deseamos. Pero desafortunadamente la naturaleza no es así por lo que el proceso evolutivo de desplazamientos, reconversiones y nuevas ofertas continua su marcha.

También se ha dicho que los aparatos de mallas pueden causar daño lo cual es muy cierto. Otra vez, desde el descubrimiento del martillo puede usarse para romperle la nuca al vecino o para introducir un clavo. Se dice que lo actual presenta peligros mayores a escala planetaria, pero con el martillo si a uno le rompen la nuca no hay mucho más que pueda hacerse. Todo puede utilizarse para bien o para mal, pero eso no es imputable a lo inerte sino a la envergadura moral o inmoralidad del ser humano, una propiedad con que no cuentan las máquinas. En los diferentes contextos, en libertad el hombre al desplegar su ingenio cuando lo dejan en paz puede actualizar sus potencialidades con lo que siempre contrarresta y busca canales para defenderse de agresiones y de poner al descubierto desfiguraciones, engaños y trampas de la más variada procedencia. Todo esto, claro está, que no debe inhibir a que se formulen las alertas necesarias para advertir de los grandes peligros a que puede conducir el mal uso de los algoritmos informáticos y similares.

Por último, con razón se ha dicho que estos instrumentos de la tecnología moderna modificarán las formas de la enseñanza. Cuando aparecieron las computadoras ya no había necesidad de memorizar la forma de calcular logaritmos o incluso las tablas de multiplicar, lo cual liberó espacios para atender otros requerimientos y en eso consiste el progreso que permiten las máquinas con una rapidez mucho mayor a la que pueden lograr los humanos (un equino corre con mayor velocidad que un humano, pero eso no autoriza a confundir las propiedades del caballo con las humanas). Para no decir nada de los maravillosos empleos en la medicina y campos similares para mejorar vertiginosamente las condiciones de la humanidad.

Tengamos en cuenta que tergiversar conceptos y hacer malabarismos lingüísticos puede toparse con el inmenso peligro vaticinado por C. S. Lewis y plasmado en su libro titulado *La abolición del hombre*. A veces se ha planteado que la ingeniería genética puede degradar al hombre, lo cual es absolutamente cierto, incluso puede pervertir de tal modo el cuerpo que la mente quede imposibilitada de comunicarse del mismo modo que puede suceder con un accidente grave pero debe destacarse que lo genético nada tiene que ver con los estados de conciencia.

En resumen, la utilización correcta de los vocablos resulta esencial para evitar que se opaque y tergiverse un adecuado entendimiento en las relaciones interpersonales. Es desconocer y subestimar la naturaleza de la condición humana aplicar el término “inteligencia” en algoritmos originalmente programados, aunque de ello a su vez se desprendan otros magníficos andariveles de autocorrectores, reprogramaciones y equivalentes, pero siempre en ausencia de libre albedrío, sin estados de conciencia y consecuentemente sin responsabilidad moral.